

de la luz, se hundía el poder de los gobernantes.

Aquella fase de la lucha, por la repercusión que tuvo en las otras corporaciones, constituyó un grave fracaso gubernamental; unida a la huelga de ferroviarios y dependientes de correos, empezó a ser considerada como señal de triunfo.

CAPITULO V

Los funerales de las víctimas

Las exequias de los que murieron en el curso de la manifestación del domingo se fijaron para el miércoles. Con el asentimiento de las familias, sus cadáveres permanecieron en la Casa de las Federaciones.

El gobierno no se opuso. Tomó importantes medidas de precaución: amontonó fuerzas considerables sobre todo el itinerario que había de seguir el cortejo fúnebre, pero cuidando de disimularlas en las calles adyacentes o en los edificios públicos inmediatos. Era además optimista: suponía que la huelga alcanzaría su punto culminante en la ceremonia funeral, y decaería después...

La jornada comenzó en una atmósfera de duelo. No apareció un solo periódico, y las corporaciones rezagadas o vacilantes se unieron a la huelga general. Entre otras, carteros y telegrafistas suspendieron el trabajo; los teléfonos

funcionaban a medias, y en las vías férreas sólo quedaba en funciones un personal muy reducido.

Toda la ciudad armonizaba con el acto lúgubre que se preparaba.

En el punto de cita, calle de la Grange-aux-Belles, la concentración era difícil, y por esa causa, la formación del cortejo se efectuó en la plaza del Combate; pero mucho antes de la hora convenida la afluencia era enorme. Los sindicatos habían señalado a sus miembros puntos de reunión en los muelles del canal, en las calles inmediatas y en los bulevares exteriores, y, como consecuencia, por todas partes circulaban una multitud enorme que producía ruidos de cólera, de donde se desprendían imprecaciones y maldiciones contra el Poder.

Detrás de los féretros, cubiertos con montones de coronas; de las familias, y de las delegaciones, se apiñó la masa popular, y el cortejo se puso en marcha. La ola humana, acrecentándose en las avenidas y encrucijadas del tránsito, parecía un océano de cabezas, de donde sobresalían los puntos rojos y negros de las banderas, y repercutían con estruendo de tempestad los clamores de venganza.

En absoluta discordancia con el optimismo

gubernamental, la pasión luchadora, la agitación creciente que en gritos de rebeldía brotaban de trescientos mil pechos, constituían un grave peligro que podía estallar al menor incidente.

Y el peligro era tanto mayor, considerando que en los barrios que se atravesaba para llegar al cementerio de Pantin, se sentían los latidos del corazón de los arrabales, latiendo al unísono con el de la masa que seguía el cortejo. En todas las ventanas, racimos humanos saludaban, respondiendo a los clamores de los manifestantes con gritos de vengadora adhesión.

Tras una brusca calma, un momento de silencio incomprensible, brotaron con espontaneidad admirable las primeras notas de la *Internacional*, aquel grandioso ritmo, aquellas estrofas de enérgico furor, en aquel momento solemne, produjeron la sensación de que el canto se transformaba en acto y que *la lucha final* cantada no era para mañana, sino para hoy, para aquel instante... ¡Oh! entonces, sobre aquel océano humano pasó el estremecimiento de las emociones decisivas; cada uno fué sacudido hasta en lo más profundo de la médula, hasta en la fibra más sensible de su corazón...

Pero ningún obstáculo dificultaba la marcha. Ejército y policía permanecían invisibles. El

cortejo continuaba su vía rodando sus olas tumultuosas hasta el cementerio.

Allí, al borde del sepulcro, se pronunciaron breves y vigorosos discursos; nadie pensó en frases elocuentes, inútiles, además, ante aquel auditorio tan inmenso que no podía percibir ni el rumor de las palabras del orador. En exclamaciones dolorosas, en términos de energía extraordinaria, con expresión airada y los puños levantados, los oradores formularon un juramento, que, bajo un cielo bajo y gris, repercutió en violentas aprobaciones: ¡la huelga no tendría fin ni tregua hasta que el gobierno capitulara, declarara su crimen y fueran castigados los culpables!

Terminado el acto, la ola refluyó sobre París, semejante a la marea ascendente que, en día de tempestad, bate las costas. Como olas colosales avanzaban los grupos en tensión de rebeldía.

Las autoridades cometieron la torpeza de pasar de una confianza provocadora a una extremada reserva, abandonaron la prudencia antes observada y adoptaron medidas que exasperaron a los manifestantes.

En lugar de continuar invisible la fuerza armada y la policía, recibieron orden de formar cordón, de prohibir el acceso a ciertas vías

y de canalizar la multitud a su entrada en París, a fin de cortarla y fraccionarla.

En cualquier otro momento esa maniobra dispersadora se hubiera aceptado sin grandes protestas, pero entonces era imposible; la nervosidad y la sobreexcitación de los manifestantes era demasiado aguda. Aquella masa era tan profunda, tan compacta y estaba animada de tal fuerza impulsiva, que era locura el intento de dispersarla o de dirigirla. Los obstáculos que se le opusieron fueron rotos y pisoteados.

La multitud avanzaba en filas tan estrechas que no podía retroceder, aunque lo hubiera querido: iba adelante con impetuosidad irresistible; como una cuña formidable se introducía en la masa armada, y las tropas cedieron bajo la presión de aquella fuerza. La infantería rompió sus filas con tanta mayor facilidad cuanto que el servicio que se le imponía comenzaba a repugnarle y obedecía a disgusto y con indolencia. La caballería quedó paralizada por la ola humana, rodeada, sumergida...

Cuando los manifestantes, que frente a los soldados se habían manifestado moderados, tropezaron con los polizontes, la rabia se desbordó impetuosamente.

Sobre la policía se condensó la cólera. En ella se quiso vengar la muerte de los compa-

ñeros a quienes se acababa de conducir al campo del reposo. Ella era la que hallaba siempre el pueblo como obstáculo en su camino... Contra ella se emprendió la lucha, y pronto salieron al aire los revólveres que toda la mañana habían sido acariciados con manos crispadas por la rabia.

Los jefes comprendieron algo tarde que convenía dejar que pasara el huracán.

Aquellas camorras, por vivas y violentas que fueren, no eran más que un incidente que señalaba la gravedad de este hecho altamente considerable: la agravación de la huelga.

Las esperanzas del gobierno se desvanecieron: el fin de la jornada se marcó, no por la declinación que esperaba, sino por la recrudescencia en la paralización del trabajo.

Durante la noche se celebraron muchas reuniones. Cada sindicato convocó sus afiliados en asambleas particulares para deliberar sobre la situación, para examinar el alcance del movimiento y ponerse de acuerdo sobre la actitud exigida por las circunstancias.

Las más importantes de aquellas reuniones fueron las celebradas por los trabajadores de diversas líneas ferroviarias; por los carteros y telegrafistas y también por varias categorías de trabajadores municipales.

Las reuniones de ferroviarios, en que dominaban los obreros de la tracción, acordaron que la huelga, que entre ellos no se había generalizado por sensibles roces y vacilaciones, debía continuarse y seguir hasta sus extremas consecuencias; tomándose las medidas necesarias para que el movimiento no se circunscribiera al radio parisién, sino que se extendiera de un cabo al otro de las líneas, y para impedir en cuanto fuera posible la salida y marcha de los trenes.

En las asambleas de los Trabajadores de Correos, Telégrafos y Teléfonos circuló una noticia que excitó a los indecisos: se supo que el gobierno, desde la suspensión momentánea del servicio, había recurrido a las medidas coercitivas. A aquella amenaza se respondió por decisiones categóricas: el cese del trabajo, que sólo había tenido un carácter pasajero, se transformó en movimiento huelguista. Tomada esta resolución, se acudió inmediatamente a las precauciones indispensables para impedir todo restablecimiento de los servicios, sea por esquirols, sea por la mano de obra militar.

Las resoluciones adoptadas por los trabajadores municipales no fueron menos enérgicas, aunque de un orden más particular: todos se pronunciaron por la huelga ilimitada sin duración fija; la táctica de boicote, que ya había

recibido un principio de aplicación, fué confirmada, pero sujeta a determinadas condiciones. Por ejemplo: los barrios de los ricos sufrirían la huelga sin restricción; los barrios obreros serían aliviados en todo lo posible.

Aquellas deliberaciones desvanecían el optimismo de los gobernantes, que habían contado con que en los grandes servicios públicos el trabajo se renovarí­a después de un paro de veinticuatro horas, siendo la realidad que los obreros de aquellas servicios se asociaban completamente a sus compañeros.

La noticia de esos acuerdos fué recibida en las múltiples reuniones sindicales con aclamaciones frenéticas, y en todas ellas se acordó continuar la huelga a todo trance, persistiendo en la lucha hasta que se diera al pueblo satisfacción completa.

La satisfacción exigida no se limitaba ya a una simple capitulación del gobierno, lo que no hubiera pasado de un efecto moral; a la huelga de solidaridad se unía la huelga reivindicadora; mejor dicho: la huelga social.

En aquellas reuniones en que se determinaban los actos del día siguiente, se pronunciaron palabras graves. En tanto que algunos recordaban y exponían una vez más las numerosas demandas, hasta entonces presentadas

sin éxito, y añadían que la hora era propicia para formularlas de nuevo, otros, mirando más lejos y hartos de oír demandas de unos céntimos más y unos minutos menos, proclamaron la capacidad administrativa de la clase obrera; afirmaron que la hora psicológica se aproximaba, y que desde aquel momento era preciso pensar en la caducidad, en la caída del régimen capitalista.

En la fogosidad de las reuniones, en que se enardecían los cerebros y en que ante la realidad surgían y se depuraban las ideas, al lado de los tímidos que siempre vacilan, se hallaban los impacientes a quienes exasperaba la lentitud de los acontecimientos. Estos juzgaban muy cortos los pasos; querían doblar las etapas. En su ardor sobreexcitado, corregían a los que marcaban alguna indecisión o reticencia, demostrándoles que en aquellas circunstancias la mejor de las prudencias consiste en obrar rápidamente.

De ese choque de ideas, de ese amasijo de proyectos, tesis de la organización de combate y de la resistencia, tesis de la lucha por reivindicaciones restringidas y parcelarias, tesis de extensión revolucionaria de la huelga y de la necesidad de su conclusión expropiadora, de todo ello se desprendía una amalgama que constituía una nueva fase del conflicto.

El pueblo adelantaba un paso en la vía de la revolución: el período de huelga solidaria y puramente defensiva acababa, y lucían ya los primeros rayos de la huelga ofensiva, cuya luz iluminaba el horizonte con resplandores de incendio.

Lo que hacía más temible aquella efervescencia de rebeldía era que no se hallaba restringida a París: las provincias se concertaban con la capital; ya no habían de recibir lecciones del centro ni esperaban de él la señal para la acción: la agitación alcanzaba en ellas el mismo grado de gravedad.

CAPITULO VI

La situación del gobierno

El gobierno no permanecía inactivo: tenía empeño en debilitar la huelga y en atenuar la suspensión del trabajo, y, sobre todo, en tranquilizar a la burguesía, que sentía el pánico de los grandes días. Una preocupación le dominaba: quería dar la impresión de que la vida económica no se hallaba detenida, de que la circulación social sólo se hallaba retardada, no suspendida.

Pensaba el gobierno que ese era el mejor medio para disipar el miedo de que las altas clases se hallaban poseídas. Impulsado por esa idea, a pesar de su alarma por los vivos clamores de la capital, se esforzaba en disimular la huelga reemplazando los huelguistas por soldados en las industrias o funciones de primera necesidad.

En cuanto en un punto aparecía el paro del trabajo, allí se dirigía una dotación de soldados rompe-huelgas.